

Autor: Óscar Sandín

Terra Levis



Los bombardeos eran atronadores y el campo de batalla parecía el mismo infierno. Nada podía superar aquel horror. Tan lejos de casa, se acordaba de sus años de niñez. Nunca estuvo de acuerdo con alistarse en el ejército, pero las presiones de un padre militar lo empujaron a ello. Todo aquello quedaba lejos ya.

Cuando recibió la noticia, se encontraba en el hospital de campaña, dando ánimos a sus soldados heridos. Una enfermera muy educada se le aproximó con un sobre cerrado que abrió inmediatamente. Pudo constatar el fallecimiento de su padre, y esto había sucedido a miles de kilómetros de él. La sensación era muy distinta a cuando perdió a su madre hace ya siete años. Imaginaba ese campo de batalla, tan solo a esas horas de la noche, y él sentía más soledad aún. Lo peor de todo es que se encontraba en plena guerra y le era prácticamente imposible asistir al funeral y entierro de su propio padre. Lo único que podía hacer en esos momentos era enviar una gran cantidad de dinero, para que le dieran una sepultura digna y poder peregrinar a ella una vez de regreso a su tierra natal.

Como había planeado, envió dinero por correo a su primo lejano, único pariente que le quedaba, además de las instrucciones concretas para el sepelio y el entierro. Junto a aquel panteón, a la entrada del cementerio, descansaría para siempre el alma de su padre. Eso le hacía sentir mejor.

La guerra se prolongó más de lo deseado y el regreso a Madre Patria se hizo esperar. Solo deseaba llegar a la tumba de su padre y rezar por él, hablar con él, llorar junto a él. Cinco años después lo pudo hacer, o eso creía. Ansioso por ver cómo estaba decorado el sepulcro y qué tipo de flores había elegido su primo - pues el dinero que envió pudo costear un cambio de flores cada semana -, se dirigió hacia la casa junto al río, donde vivía su primo. Aquella casa estaba desierta y abandonada. Un mal presentimiento le atenazó. Su propósito era llegar cuanto antes al cementerio, pero la gente lo paraba por las estrechas calles del pueblo. No todos los días llegaba un héroe de guerra, con la graduación de teniente.

Faltaban unas pocas horas para la puesta de sol, y el cementerio cerraría sus puertas. Tenía que apresurarse. Los cipreses, árboles testigos de una historia centenaria, le aguardaban. Una desagradable sorpresa le causó un estado de náuseas irrefrenable. Junto al panteón, una simple y humilde lápida de piedra con una cruz torcida de madera le daba la bienvenida. Un oscuro epitafio emborronaba aún más su visión: *Me guiaste al abismo de la Guerra*. Todo el mundo sabía las desavenencias que padre e hijo habían mantenido durante años. También era conocida la presión a la que se vio sometido el teniente para alistarse en la armada y realizar su carrera militar. Pero nada, nada en el mundo justificaba tal epitafio y mucho menos la simpleza de la sepultura. Pensó en el primo, en una venganza fría contra él. Era imposible que su padre estuviera en paz sin removerse en esa caja de madera, bajo una losa de cemento y bajo aquella frase.

Desolado, regresó a su casa. Los pensamientos se le agolpaban en la cabeza. Tristeza y frustración, eso era lo que sentía. Sin apenas poder cerrar los ojos, cayó en un profundo sueño. Espontáneamente, una aparición hizo acto de presencia en el dormitorio. Rápidamente, el teniente encendió la luz pero la lámpara no funcionó. Tranquilo, ya está hecho, se oyó decir. Le costaba reconocer esa voz tan oscura e inquietante. A continuación, un olor a azufre se extendió por la habitación y la aparición se esfumó.

Las campanas repicaban la marcha fúnebre. Numerosos fieles acudían a misa a primera hora, no por ser domingo, sino porque iban a dar sepultura al joven que se había precipitado desde el "balcón del pobre", un mirado sobre un acantilado con caída al mar. El cuerpo fue encontrado por un pescador de la zona. Todo parecía muy raro, pues el joven fallecido tenía la vida resuelta. Según se decía, poseía una gran fortuna, gracias a una gran cantidad de dinero que había invertido con éxito.

El teniente acudió a la iglesia pues tenía un presentimiento. Junto al féretro había una foto en blanco y negro, vieja y deteriorada. Apenas se podía distinguir el semblante del fallecido. Aun así, hizo un esfuerzo y se concentró en esa sonrisa que le resultaba tan familiar. Una voz comenzó a susurrarle permanentemente al oído, Tranquilo, ya está hecho. Ahora descansaré en paz.

Terra Levis

1. En este relato...¿Qué guerra te imaginas que tiene lugar?
2. Responde a esta pregunta...¿Crees que el dinero puede corromper a cualquier persona?
3. Pon un título alternativo a nuestra historia.
4. Si tuvieras que elegir una forma de castigar al primo: (Continúa la historia)
 - La caída por un barranco.
 - Un ataque de perros salvajes y abandonados.
 - Muerto por un bandolero que le robó su bolsa de dinero.
5. Elige un nombre para cada uno de los personajes.